

(c)

**M. Dolores Martínez Muñoz**

(Selección y traducción)  
Universidad de Alicante

{ **POEMAS DE RENÉE VIVIEN** }

**Lucidez**

El arte delicado del vicio ocupa tus recreos,  
Y tú sabes despertar el calor de los deseos  
A los cuales tu cuerpo pérfido y dócil se arrebató.  
El olor del lecho se mezcla con los perfumes de tu ropa.  
Tu rubio encanto se asemeja a la insipidez de la miel.  
No amas más que lo falso y lo artificial,  
La música de las palabras y de los débiles murmullos.  
Tus besos se desvían y se insinúan sobre los labios.  
Tus ojos son inviernos pálidamente estrellados.  
Los lutos siguen tus pasos en tétricos desfiles.  
Tu gesto es un reflejo, tu palabra es una sombra.  
Tu cuerpo se aplaca bajo besos sin nombre,  
Y tu alma está ajada y tu cuerpo usado.  
Lánguido y lascivo, tu artero roce  
Ignora la belleza leal del abrazo.  
Mientes como se ama, y, bajo la dulzura fingida,  
Se siente el arrastramiento del reptil atento,  
En el fondo de la sombra, tal que un mar sin arrecife,  
Los sarcófagos son aún menos impuros que tu cama...  
¡Oh Mujer!, yo lo sé, ¡pero tengo sed de tu boca!

(I, 24-25)

### **Ante la muerte de una amiga verdaderamente querida**

Me dicen, en tanto que todavía sollozo:  
“En la sombra del sepulcro donde su gracia palidece,  
Ella degusta la paz pasajera del lecho,  
Las tinieblas al frente, y en los ojos la aurora.

Pero tiene el esplendor del Espíritu liberado,  
¡Sueño, aliento, armonía, destello, perfume, luz!  
El féretro no la puede contener toda entera,  
Ni la tierra de la carne muerta y de llantos embriagada.

Las lágrimas de oro del cirio y el grito del cántico,  
Los lirios ajados, no son más que un símbolo mentiroso:  
En un alba de abril que viene con lentitud,  
Ella volverá a florecer, violeta mística”.

Yo, escucho entre los templos de la muerte  
Y siento ascender hacia mí el calor de la tierra.  
Este abrumador aroma recela el misterio  
De la sombra donde se reposa y el lecho donde se duerme.

Escucho, pero el viento de los espacios arrebató  
La atrevida esperanza de la serenidad infinita,  
Sé que ella ya no está en la hora de los abrazos,  
La hora única y verdadera, y yo, yo la creo muerta.

(I, 64-65)

### **La noche es nuestra...**

Es la hora del despertar... Levanta tus párpados...  
A lo lejos la luciérnaga afila sus luces,  
Y el pálido asfódelo tiene suspiros de amor.  
La noche viene: apresúrate, mi extraña compañera,  
Pues la luna ha enverdecido el azul de la montaña,  
Pues la noche es nuestra como de otros es el día.

No oigo, en medio de los bosques taciturnos,  
Más que el ruido de tu ropa y de las alas nocturnas,  
Y la flor de acónito, de blancos tristes y fríos,  
Exhala sus perfumes y sus íntimos venenos...  
Un árbol, traspasado del aliento de los abismos,  
Tiende hacia nosotras sus ramas, huesudas como dedos.

El azul nocturno se derrama y se esparce... A esta hora,  
La alegría es más ardiente y el ansia mejor,  
El recuerdo es bello como un palacio derruido...  
Los fuegos fatuos corren a lo largo de nuestras vértebras,  
Pues el alma resucita en lo profundo de las tinieblas,  
Y uno no vuelve a ser uno mismo más que en la noche.

(I, 104-105)

### Pequeño poema erótico

*Y echo de menos a Safo y la busco.*  
... Y echo de menos y busco tu dulce beso.  
¿Qué mujer sabría complacerme y apaciguarme?  
¿La que trajera las voluptuosidades antiguas  
Sobre los labios sin maquillaje e iguales a los tuyos?

Lo sé, mentías, tu risa sonaba hueca,  
Pero tu beso fue lento, estrecho y sabroso,  
Se demoraba, y ese beso alcanzaba el alma,  
Pues fuiste a la vez la serpiente y la mujer.

Pero acuérdate de la forma que te amé...  
Yo, ¿ya no soy nada en tu carne? Si jamás  
Lloraste mi nombre en el instante sin defensa,  
Acuérdate de ese grito seguido de un gran silencio.

Ya no sé amar los bellos cantos ni los lirios  
Y mi casa se parece a las grandes necrópolis.  
Yo que querría cantar, permanezco muda.  
Yo deseo y busco y sobre todo echo de menos...

(II, 160)

### La sed imperiosa

Era yo ayer la viajera solitaria.  
Iba, llevando en el corazón una áspera ansiedad...  
Te necesitaba como a una ola de verano,  
Una ola purificante donde se sacia la sed.

Hoy, mi silencio tiene dichas pensativas.  
¡Oh mi muy querida! Y mi alma es una copa llena,  
El mundo es bello como un vergel de Mitilene:  
Ya no temo la tarde que llora bajo los tejos.

Te necesitaba como a un caudal de agua  
Que se escucha y que arrulla tu dolor  
En el chorreo musical y sereno...  
Oía tu voz clara como agua que canta.

Tu voz goteaba, murmullo y cadencia a la vez,  
Querida, y eso fue en mi ser el azul nocturno,  
Y sentí entonces mi dolor taciturno  
Enternecerse... Escuché el agua pura de tu voz.

Desde entonces, la pesadez de los blancos mediodías me encanta,  
Y mi sed ya no teme al sol irritado...  
Te necesitaba como a una ola de verano,  
Te necesitaba como a un caudal de agua...

(II, 96-97)

### Soneto

La soberbia de los pesados anillos, la pompa de los adornos,  
Mezclan el fulgor del arte con tu encanto perverso,  
Y las gardenias que engalanan los inviernos  
Se mueren en tus manos con caricias impuras.

Tu boca delicada de finas cinceladuras  
Destaca al modular el artificio de los versos:  
Sobre las olas de raso entreabiertas a sabiendas,  
Tu seno se abre en pálidas lujurias.

El reflejo de los zafiros ensombrece tus ojos azules,  
Y el incierto remolino de tu cuerpo ondulante  
Hace una estela de oro en medio de las luces.

Cuando tú pasas, manteniendo una tenue sonrisa,  
Rubio pastel recargado de perfumes y de pedrerías,  
Sueño con el esplendor de tu cuerpo libre y desnudo.

(I, 8)

**Deseo**

Ella está cansada, después de tantas agotadoras lujurias.  
El perfume emanado de sus miembros lastimados  
Está lleno de recuerdo de lentas magulladuras.  
El libertinaje ha cruzado sus ojos azules ensombrecidos,

Y la fiebre de las noches ávidamente soñadas  
Vuelve más pálidos todavía sus pálidos cabellos rubios.  
Sus ademanes tienen languideces ebrias.  
Pero he aquí que la Amante de las crueles uñas

De repente la reembarga, y la estrecha, y la abraza  
Con un ardor tan salvaje y tan dulce a la vez,  
Que el bello cuerpo desgarrado se ofrece, demandando gracia,  
En un estertor de amor, de deseos y de espantos.

Y el sollozo que asciende con monotonía,  
Se exaspera al fin de tanta voluptuosidad,  
Aúlla como se aúlla en los momentos de agonía,  
Sin esperanza de alcanzar la inmensa sordera.

Después, el atroz silencio, y el horror que trae,  
El brusco sofoco de la quejumbrosa voz,  
Y sobre el cuello, como cualquier tallo muerto,  
Palideció la marca verde y siniestra de sus dedos.

(I, 51-52)

\* \* \*

Vivien, Renée (1934), *Poésies Complètes*, París, Alphonse Lemerre.